

HOMILIA

Hoy el evangelio plantea algo muy importante para el discípulo: «Ay de aquellos que creyéndose justos y seguros de sí mismos desprecian a los demás». El que quiera ser discípulo de Jesús no puede tener en sí mismo sus seguridades, sino en Dios, y mucho menos despreciar a los demás por creerlos inferiores. Es la enseñanza que nos deja hoy con esta parábola del fariseo y el publicano.



Te doy gracias, porque no soy como los demás La intención de la parábola es desenmascarar el criterio de los fariseos que se tenían por el modelo de justo, por el modelo del perfecto discípulo. Realmente los fariseos eran cumplidores estrictos de la Ley, observantes de la Escritura, a la que tenían en gran aprecio, acudían asiduamente a la sinagoga repartían limosnas y observaban con rigidez las leyes de la pureza ritual. Esto, en principio, puede parecer una actitud piadosa y correcta pero no era así porque tenían el corazón endurecido. Eran orgullosos y despreciaban a los demás, no practicaban la misericordia con aquellos que no actuaban como ellos decían. Por eso el mensaje de Jesús de Nazaret les irritaba porque era un mensaje de acogida a todos, incluso a los pecadores, mensaje de perdón, de amor y de misericordia. Ellos creían estar cargados de méritos ante Dios por sus propias obras y no podían entender el perdón y la misericordia gratuita de Dios ante los pecadores. Realmente no conocían a ese Dios al que se dirigían. ¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador Como contrapunto aparece un publicano, un pecador público, consciente de sus muchos pecados que no se atreve a levantar la cabeza, se queda atrás y solo repite: «¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador». Él tiene conciencia de que lo único que puede ofrecer a Dios es una vida de pecado y por eso solo puede humillarse con las palabras del miserere: «Por tu inmensa compasión borra mi culpa». Él presenta ante Dios «un corazón contrito y humillado» y así en su humillación es como descubrió al Dios Padre de Jesucristo, un Padre de amor y misericordia, a un Dios que es amor. Fariseos y publicanos de hoy

Esta parábola es también una llamada de atención para los discípulos de hoy, que no nos vayamos a creer mejores que los demás y despreciemos a los que no piensan como nosotros, a los que consideramos pecadores y a los que realmente sean pecadores, porque nosotros no somos menos pecadores y también estamos necesitados de la misericordia de Dios. No podemos caer en la tentación de querer estar sin pecado para empezar a arrojar piedras pues el único que puede juzgar es Dios y su juicio es de amor y misericordia. Pidámosle hoy al Señor que sepamos caminar en la vida con humildad y sencillez sin creernos superiores a los demás y al final de la vida podamos decir con san Pablo: «He combatido bien mi combate, he corrido hacia la meta, he mantenido la fe».

Oración—NUEVA

Vivir la aventura de una vida nueva cada día.

No aceptar que esté previsto mi día de mañana, como un monje enclaustrado o un matrimonio hecho.

Andar por senderos que se cortan y me dejan sin camino.

No tomar billete para trenes con estación de llegada.

Vida nueva campo a través.

Aventura, sorpresa, novedad, CONTIGO.

Todo por delante como el amanecer.

Todo por hacer. ¡Un joven, nuestro Dios!

No está asentado en una profesión ni en unos negocios. Ni están cerradas sus fuentes como un hombre de muchos hijos y muchos años. Tienes imaginación, fuerza, Dios.

Aventura, sorpresa, novedad, CONTIGO.



Comentario: Humildad y sencillez

Dos hombres judíos suben al Templo de Jerusalén hacia las tres de la tarde: hora de la oración. Uno era fariseo; el otro era recaudador de impuestos. Los «fariseos» son gente que cumple con la Ley de Dios, la conocen bien y son respetados por el pueblo. Los «publicanos» son recaudadores de impuestos tienen fama de ladrones, mafiosos y estafadores... Jesús cuenta esta parábola desconcertante para dar una lección a quienes «teniéndose por justos, despreciaban a los demás».

La parábola de hoy expresa dos estilos de oración y actitud ante la vida. Jesús no compara un pecador con un justo, sino un pecador humilde con un justo satisfecho de sí mismo que mira por encima del hombro. ¿Con cuál de los dos personajes nos identificamos: con el que está contento, es orgulloso y desprecia a los demás, o con el que invoca el perdón de Dios? Si somos como el fariseo, no dejamos actuar a Dios en nuestra vida: ya actuamos nosotros. Debemos crecer en humildad.

Sabías que... Templo de Jerusalén

El Templo de Jerusalén era un conjunto de patios y edificios que ocupaban 500 x 300 metros.

En él se ofrecían sacrificios a Yahvé, consistentes en inmolarse un cordero o novillo, que era quemado total o parcialmente. Varios eran los productos que no podían faltar: agua abundante para lavar a las víctimas; sal para aplicarla a las pieles y facilitar su posterior curtido; leña para alimentar el fuego de los sacrificios... y mucho incienso para mitigar el mal olor... Los desperdicios eran sacados y arrojados al valle Gehenna, donde ardía siempre el fuego que consumía las basuras.

Oración

Señor, aleja el orgullo que nos hace creernos mejores y despreciar a los demás.

Señor, danos un corazón humilde. Que las personas que viven a nuestro lado se sientan acogidas y valoradas.

Señor, que sintamos la alegría de perdonar y sabernos perdonados, construyendo un tiempo de fraternidad.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san LUCAS 18,9-14

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: –Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano.

El fariseo, erguido, oraba así en su interior: «¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo».

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; solo se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador». Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Palabra del Señor

LA SENDA DE LA MISERICORDIA La senda DE LA CREATIVIDAD. La misericordia, sobre todo en el ámbito de las periferias, exige una gran dosis de creatividad. Es necesario discernir el uso de los bienes, sobre todo cuando se trata de aliviar con ellos las necesidades de los demás. El administrador de la parábola utilizó su creatividad, su imaginación, para salir del mal paso que había dado. Lo mismo se nos exige cuando hablamos de caridad y misericordia. No se trata simplemente de “dar al que no tiene”, “vestir al desnudo”, “dar de comer al que tiene hambre”. La “gestión” de la caridad exige creatividad para que realmente la ayuda lo sea en igualdad de condiciones, respetando la dignidad del necesitado y haciéndole protagonista de su misma historia.